

Biblioteca-Films

LA COQUETA CASADA

N.^o 102

25
cêntos.



Pauline Frederick
Mae Busch
Conrad Nagel



VIGNOLA, Robert

Año III

Núm. 102

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 50

O
Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

La coqueta casada

CHARLIE FLINT, (1923)

Para que una persona sepa afrontar con tranquilidad una desgracia, es menester que sea superior a cualquier mudanza que el destino pueda traerle; he aquí la tesis de esta novela

Exclusiva: **METRO GOLDWYN CORPORATION**

Rambla de Catalunya, 122 — Barcelona

Barquillo, 22 — Madrid

PERSONAJES

Leonor de Wayne
Julia Wetherell
Pablo Wayne
Próspero Rex
Pedro Granville

INTERPRETES

Pauline Frederick
Mae Busch
Huntly Gordon
Conrad Nagel
Paul Nicholson

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Tal como anda el mundo en este venturoso siglo XX, el matrimonio suele ser un peligroso salto mortal hacia lo desconocido, que lo mismo puede dar como resultado hacernos caer en blando lecho de rosas, como sobre ásperos y punzantes zarzales: todo depende a donde caiga el mortal que se aventura a dar este paso o salto capital.

Los tres elementos del conflicto matrimonial no son ya el marido, la mujer y... el otro, sino el marido, la mujer y la ambición que ésta tiene por figurar por cuenta propia en el mundo.

Entremos, sin más preámbulos, en nuestra historia.

Leonora de Wayne—una mujer bonita, aunque no lo parezca, a causa del desalino de su persona y vestidos—, dedica más tiempo a trabajos literarios, por los que siempre ha sentido predilección y disposiciones especialísimas, olvidándose de que el matrimonio es de por sí transcendental negocio al cual ha de consagrarse la esposa en cuerpo y alma si quiere hacer la felicidad del marido y cooperar en lo que esté de su parte a la felicidad familiar.

Los trabajos literarios de tal modo absorben el espíritu de quien a ellos se dedica, que lo hacen inhibirse de las cosas exteriores y olvidarse hasta de sí mismo.

Leonora de Wayne pasa la mayor parte del día en una apartada habitación, componiendo una obra literaria que escribe a máquina, sin acordarse de su marido ni de su arreglo personal.

Embebida en su trabajo, escribe, haciendo dialogar a los personajes de la novela que compone:

—¿Qué contadas son las personas de espíritu superior, capaces de enfrentar con serenidad una desgracia!...

—En efecto—contesta Viriana—, es así, por que, para enfrentar con serenidad una desgracia, es menester que la persona sea superior a cualquier mudanza que el destino pueda traerle.

Releyendo estaba este pensamiento, y reflexábase en su rostro la satisfacción, cuando penetró su marido en la estancia.

Pablo Wayne, un tipo esbelto y bien parecido, amante de su esposa y de ella enamorado, está en una brillante posición social. Al verla tan enajenada y engolfada en su trabajo, párase tras ella, y mueve la cabeza malhumorado. Se acerca y le dice con amargura:

—¿No te parece, Leonor, que con lo escrito hasta por hoy?

—Dispénsame, Pablo—contesta la esposa, levantándose—, pero ¿qué quieres? Cuando me pongo a escribir me olvido hasta de que existo.

—Harto lo veo sin necesidad de que lo digas, y con seguridad que ni siquiera te has acordado de que hoy cumplimos años de casados y vamos a celebrar esta fecha yendo a cenar al Tanglewood Club.

—¡Oh!... ¡la verdad!... Has visto qué memoria la mía? Y lo peor del caso es que no tengo un solo traje presentable que ponerme.

—Lo que sobra son trajes; y me parece que yo no te escatimo con qué comprarlos. ¿Por qué no te preocupas un poco más de tu persona?... Son las seis de la tarde y aún no te has peinado. Eres todavía joven y, sin embargo, cualquiera creería que has pasado de los cuarenta.

—¡Oh!... ¡Si aún no he cumplido veinticinco!

—Cúidate algo más de tu persona. Piensa, Leonor, que a la mujer casada no le basta haber conquistado al marido, sino que debe procurar conservarlo.

—Buena, vamos a vestirnos. Yo sé que me quieres.

—Vamos a vestirnos.

II

Estamos en casa de Julia Wetherell, una joven que vive con una hermana llamada Ana, mayor que ella. Ambas están en posición desahogada, condición ésta que les permite tomar la vida por el lado más dulce: el de divertirse a todo pasto, si es que la diversión es un ali-ciente en la vida.

Julia Wetherell es una joven bonita en toda la extensión de la palabra; tiene todo lo que constituye una atracción para la mujer: buen tipo, gran hermosura y mucha gracia. No retratamos su alma porque tanto la conocerá el lector en el transcurso de esta novela.

Vémosla vestida a la *negligée* con sencillo salto de cama, y con la cabellera suelta en artístico desorden, sentada al lado del aparato telefónico, con una pierna encima de la otra

en un abandono sensual y con el auricular en el oído. Su faz, iluminada con una sonrisa de satánica satisfacción, parece saborear las delicias de una conversación halagadora. Oigamos a ella y... a él:

—¿Está usted seguro de que nadie nos oye,



*Intercambio de latidos y quedaron a prueba
de sus labios (pág. 13)*

Pablo?... Porque ya sabe que a mí no me gusta mortificar a...

—No, nadie. Ella se está arreglando... Nos disponemos a salir.

—Si esta noche no va usted al Club voy a sentirme muy solita; en estos días me ha dado por la tristeza, y la única persona que sabe animarme con su conversación es cierto caba-

pero que yo conozco; pero que es muy ingrato.

—¿Acaso yo...?

—Sin acaso.

—Iré esta noche al Club; pero me veo precisado a ir con Leonor.

—Allí nos veremos. Ocasiones y tiempo nos sobrarán para vernos a solas... si usted quiere.

—Quiero.

—¡Hasta luego!

—¡Hasta el Club!

Ya habrá adivinado el lector que el interlocutor de Julia no es otro que Pablo Wayne. Su esposa, la literata Leonor, en un tocador próximo, oyó que su esposo hablaba; mas no pudo percibir ninguna palabra. Cuando quiso saber con quien hablaba su esposo, éste le contestó:

—Nada, hija; me llamaron de la oficina... ¡Está visto que ni en casa la dejan a uno en paz!

La hermana de Julia Wetherell oyó todo lo que ésta había dicho por teléfono, y acercándose a ella la reprendió:

—Me parece el colmo, Julia; ¡mira que llamar a Pablo por teléfono... y en su propia casa!

—¿En la mía?

—No, en la de él.

—No seas tonta, Ana; por algo estamos en el país de la libertad. La que quiera tener a su marido hecho un verdadero animalucho doméstico, que le amarre y le ponga bozal como a los perros.

—¿Te gustaría a ti, si fueras casada, que otra mujer tratase de... bueno, de hacer lo que tú estás haciendo?

—Porque se puede.

—Mira, Julia, te sirves de tu belleza para algo muy innoble.

—Vamos, Ana, no seas alma cándida. Cuando yo me case, voy a tener a mi marido cosido a las faldas, como un perrito faldero.

—Eso si otra mujer no te imita... ¿No valdría más que te dedicases a conquistar a un soltero?... ¿A Próspero Rex, por ejemplo?

—Mira, Ana, no me hables de cosas tristes. Próspero Rex es—¿cómo te diré?—es mi *desideratum*, mi tipo, mi ilusión; pero como él tiene tanto horror al matrimonio, aquí me tienes resuelta a conformarme con Pablo, aunque para ello haya que divorciarlo de su literaria consorte.

—Loca, más que loca—dijo Ana saliendo de la habitación, mientras Julia, tomando de nuevo el auricular, se ponía en comunicación con Próspero Rex, el inmatrimoniable soltero que figura como primer candidato en la lista de los hombres que la rubia coqueta pretende encerrar en la red de sus encantos para llevarlo a la vitrina.

Próspero Rex, un joven aristócrata, único heredero de inmensa fortuna, está en sus treinta años y es, según hemos deducido por la conversación de las dos hermanas Wetherell, un empedernido candidato al impuesto sobre soltería.

Hállase en el tocador de su casa en paños menores, como que no viste más que calzoncillos. Lavándose está cuando toca el timbre del teléfono.

—Pedro, Pedro—voces—, ¿ete a ver quien llama.

Pedro Granville, el amigo más íntimo de Próspero Rex, es un apasionado de los viajes, y acaba de llegar de su último que le llevó a varios de los principales países del Viejo Mundo, en los que ha pasado algunos años. Hallábase, desde su llegada, hospedado en la principesca mansión de Próspero.

Fué al aparato.

¿Cómo dice usted?... ¿Quiere hablar con Próspero?... Tendrá que esperar un momentito; ahora está enjabonado hasta la coronilla... ¿A quién le anuncio?... ¿Julita?... Muy bien, señorita Julita... Le voy a avisar.

Pedro Granville vocó a su amigo.

—¡Próspero, Próspero!... Te llama Julita.

—¡El demonio de la chica!... Nunca me deja tranquilo. Ya voy, ya voy.

—¿Quién es esa Julita, Próspero?—inquirió Granville.

—Una chiquilla que es un encanto; pero está loca por casarse, y yo no quiero dar ese paso, al menos por ahora.

Un instante más tarde, envuelto en un alboroto, Próspero fué, malhumorado, al aparato.

—¿Qué tal, Julita?... ¿Qué hay de nuevo? Ella contestó:

—Si no va usted al Club esta noche, voy a sentirme muy solita; en estos días me ha dado por la tristeza, y la única persona que sabe animarme con su conversación es cierto caballero que yo conozco; pero que es muy ingrato; pero mucho...

—Pero, ¿quién es ese caballero tan poco galante con una mujer tan bonita como usted?

—¿Quiere usted saber su nombre?

—Si no soy indiscreto... Al menos sus iniciales...

—Las letras iniciales de su nombre y apellido son P. R.

¡Yo!

—¡Claro!... ¿Irás al Club?

—Iré.

—Gracias... Hasta la noche!

—¡Hasta luego!

Colgó el auricular.

—¡Demonio con la Julita!—exclamó Rex.

—No seas tonto—le dice Granville—, si es guapa, haz de tu capa un sero y... cástate.

—No, eso no. Un consejo se da fácilmente; pero una cosa es darlo y otra es tomarlo.

—¿No la quieres?

—Sí, Pedro, sí; la amo con toda mi alma; pero me mete un miedo cerval. La quiero como mujer, como juguete, no como esposa. Y ella rabia con casarse.

III

El Tanglewood Club es un lugar de reunión favorito de las gentes a quienes les sobra el tiempo y el dinero. Es el Club aristocrático más importante de Nueva York.

Gran número de automóviles van desfilando ante la puerta del Gran Casino y dejando ante ella a una multitud ávida de divertirse. Una de las primeras parejas llegadas aquella noche fué la formada por los esposos Wayne: Pablo, vestido de gran etiqueta; ella, Leonor, con un sencillísimo vestido de calle y sin joyas.

En el salón de lectura conversan Pedro Granville y Próspero Rex; éste algo agitado.

—Mira, Pedro, vete; porque si viene Julita y me ve... Vaya, que tengo miedo.

—Bueno, hombre, bueno; no te pongas así...

—Vete, te digo.

—Ya me voy—dijo Granville, yéndose.

Próspero Rex situóse tras un biombo y se encerró en un sillón. Un instante después, una señorita, esbelta, muy bonita, vestida con un precioso traje de *voirée*, de raso color perla, atravesaba los diversos salones, como buscando a alguien. Era la traviesa Julita Wetherell, que iba tras Próspero Rex. Los *chasseurs*, o servidores del Círculo, le habían asegurado que estaba en el Círculo. Atravesaba el salón de lectura buscando la coqueta:

¿Dónde demonios se habrá metido?

Volvió la vista hacia el biombo y notó que una columnita de humo ascendía tras el mismo. Era el humo del cigarrillo de Próspero. Julita se sonrió, pensando: «Ya le encontré». Y viendo al escondrijo y hallándole en aquella posición, le preguntó, risueña:

—¿Qué le pasa, Próspero?...

—¡Julia!—clamó Rex, asustado.

—¿Le duelen las muelas?... ¿Cómo está así?

—Yo bien, gracias, ¿y usted?

—Oigame, Próspero, ¿crea usted que yo soy algún basilisco que mata con la vista, o es que... le da miedo llegar a enamorarse de mí?

—Lo segundo, Julita; lo segundo; Porque no sería nada el enamorarse, sino el que usted me correspondiera y acabase la fiesta como tendrías que acabar: en matrimonio.

Próspero se levantó.

—Venga usted aquí—dijo Julita tomándole por los brazos y atrayéndole hacia sí—, venga usted aquí...

La coqueta le puso los brazos al cuello y le miraba de hito en hito como si le quisiese hip-



Todos se levantaron y se dispersaron en las diversas salas de juego (pág. 18)

notizar, al mismo tiempo que acercaba su boca entreabierta a los labios del joven como queriéndole robar un beso. Mas él la rechazó, apartándola de sí violentamente y diciéndole:

—Mira, Julita, déjeme en paz... Ahí tiene usted a Pablo Wayne que, según parece, es materia divorciable.

En aquel momento pasaba el nombrado por la sala vecina. Había dejado a su esposa en los postres y, so pretexto de una perentoria necesidad, había ido en pos de la inquieta Julita. Al oír ésta las palabras de Próspero y, sobre todo, al ver su actitud irreductible, iracunda, le volvió la espalda, y le contestó este sencillez insulto:

—¡Grandísimo tonto!

Próspero Rex se encogió de hombros y fué con su amigo quien se hallaba jugando al póker con unos amigos.

Julita vio llegar a Pablo Wayne y cambió, como por ensalmo, la dureza de su rostro en una faz dulce, insinuante, atrayente: era el cebo con el que se proponía aniquilar—rálganos la palabra—al incauto esposo. Fué hacia él con los brazos abiertos.

—¡Oooh, querido Pablo!... ¡Si viera cuánto me alegro de que haya acudido a mi cita!

—Vamos a bailar, Julita.

Durante el baile ambos signen dialogando quedamente, al oído; oíámosles:

—No insistas, Julita, en tus locas pretensiones; ¿por qué no asesinas usted a un soltero, a Próspero Rex, por ejemplo?

—Pablo, francamente, si de lo que se trata es de darme la lata con Próspero Rex, más vale que no sigamos bailando.

Y al decir esto Julita abandonó a su pareja

y se fué, de nuevo a la biblioteca. Pablo Wayne la siguió y, tomándole las manos, le dijo:

—Vamos, reina, no te enfades. Ya sabes cuánto te amo.

—Es que si yo supiera que no me amaba, haría una barbaridad...

Julita entornó sus ojos engañadores hacia él y poniéndole las manos sobre sus hombros, le dijo:

—¿De veras que me ama, Pablo?

—Mira, Julita, es imposible que sigamos así. Esto es un verdadero martirio.

—Ya le he dicho, Pablo, cual es el remedio: divorciarse.

No puede ser, Julita; eso sería matar a la pobre Leonor, que tan buena ha sido conmigo.

—¿Le parece a usted bien lo que hace conmigo, Pablo? Insistir e insistir hasta que yo llegara a amarle, y ahora que ha logrado encender mi corazón, salirme con excusas...

—¡Julita!

—Si es verdad que me quieres, como dices, más que a nadie en el mundo, divorciate y cástate conmigo.

Dijo Julita estas últimas palabras tuteándole por primera vez, y con tal calor, que Pablo no pudo resistir más; cogiéndola por el talle, atrájola hacia sí y, mirándola de hito en hito, no pudo menos que contestar, subyugado por los encantos de aquella mujer singular:

—Sí, Julita, te amo, te adoro, te idolatro.

Juntaron sus labios y quedaron arrobados en un éxtasis de amor.

En aquel preciso momento apareció Leonor en la puerta del salón de lectura y quedó horrorizada, como petrificada. Al ver tan íntimamente unidos a los amantes, llevóse las manos

a la cabeza, y los ojos se le salían de las órbitas. ¡Qué terrible decepción! El hombre a quien tanto amaba, el que había sido su primera y única ilusión de su vida, le traicionaba con una mujer soltera!... Ahora comprendía Leonor las palabras de su esposo: «Eres todavía joven y, sin embargo, cualquiera diría que has pasado de los cuarenta».

Advirtieron los amantes la presencia de la esposa burlada. Pablo, de momento, quedó corrido; pero se sobrepuso y casi se alegró del percance, porque así—pensó—se acabará antes; será motivo de divorcio.

En cuanto a Julita, se quedó tan fresca como si nada hubiese pasado. Miró despectivamente a Leonor, dibujando sus labios una efímera sonrisa.

Pablo fué hacia su esposa que permanecía atarrada, con los brazos caídos, la frente arrugada, los ojos bajos.

—¿Qué quieres, Leonor?—inquirió con imperio el esposo.

—Sólo una cosa: saber si la amas.

—No puedo negarlo: la amo.

—¿La amas!... ¿De modo que desees divorciarte de mí para casarte con ella?

—¿Soy inoportuna? preguntó fríamente Julita.

—De ninguna manera—contestó Leonor—; ¿quién puede tener más interés en una desavenencia matrimonial, que la causante de ella?... Pablo, desco hablar dos palabras con la señorita, si quieres retirarte...

Pablo pasó a un salón inmediato. Julita abrió su cigarrera de plata, tomó un cigarrillo y después de dar unos golpecitos con él sobre la cajita, se lo puso en la boca; luego presentó la

cigarrera abierta a Leonor, y clínicamente le preguntó:

—¿Usted fuma?

—Muchas gracias—contestó Leonor rehusando.

Julita encendió el pitillo y sentándose negligentemente sobre el brazo de un sillón y sonriendo irónicamente, dijo:

—Usted dirá, señora.

—¿Amo usted a mi marido, señorita Wetherell?

—Pues... sí; me parece que sí.

—Pero Pablo está casado...

—¡Ja... ja... ja!... Dígame, ¿se ha mirado usted al espejo?

Leonor bajó la cabeza ante aquel soez latigazo; Julita prosiguió:

—Los hombres suelen ser bastante originales cuando se trata de sus propias esposas; les gustan bonitas y... un poquito tontas.

—Parece que es usted muy condescendiente de los maridos ajenos.

—¡Claro que sí!... Como no tengo marido propio, me ha sobrado tiempo y ocasión para estudiar los de las demás; y sé que los hay conformes, resignados, aburridos, volanderos, independientes, unitarios, pluralistas y hasta... comunistas.

—Yo no me ocupé de clasificar a Pablo, señorita Wetherell, me limité a amarlo; póngase usted en mi lugar y no trate de arrebatarle ese afecto que es lo más grande que hay en mi vida.

Julita se echó a reír y contestó:

—Perdone usted que le hable con tanta franqueza, señora de Wayne; pero la esposa que

no sabe conservar el afecto de su marido, merece perderlo.

Leonor bajó la cabeza; dos lágrimas rodaron por sus mejillas, que no llegaron ni siquiera a inspirar lástima a Julita Wetherell.

—Tiene usted razón—contestó Leonor, yéndose.

La noticia del divorcio de Pablo Wayne y Leonor se extendió pronto entre todos los asistentes aquella noche al Círculo. Corría de boca en boca: «Pablo Wayne y Julita Wetherell se han besado en presencia de la esposa del primero». Todos vieron como Leonor salía del Círculo acompañada por Pedro Granville.

Julita Wetherell fue a la sala de juego, cuando, al atravesar uno de los salones se encontró con ella Próspero Rex, quien cogiéndola por los brazos, le preguntó:

—Julita, ¿por qué dejó usted que la besara Pablo Wayne? ... ¡Dígame por qué!

—Por la sencilla razón de que me voy a casar con él.

—¡No, está usted muy equivocada, no se casará con él ni con nadie!

—¿Por qué?

—Porque usted me ama a mí.

—¡Yo?... ¡Absolutamente todo lo contrario... le aborrezco!

—¡Eso no es verdad!—y tuteándola, prosiguió—¡Tú mejor que nadie sabes que no es verdad, Julia!

Y al decir esto, Próspero se abrazó a Julia y puso sus labios en los de ella en un largo y amoroso ósculo apasionado.

—¡Próspero!!

—¡Julia!!... Desde que te conocí te amé con toda mi alma; he luchado por sobreponer-

me a ese amor; a veces he llegado a engañarme a mí mismo, diciéndome que sólo era una ilusión pasajera; pero al verte en brazos de otro hombre, comprendí que tú eres para mí más que la vida misma.

—Yo también te amo, Próspero, con toda mi vida.



El quiso besar a su amante, mas ella se opuso
(pág. 28)

Volvieron a unirse sus bocas; mas en aquel momento apareció en la estancia el mismísimo Wayne que oyó decir claramente a Julia:

—Sólo por despecho caí en brazos de Pablo Wayne, a quien no amo.

Se adelantó Pablo con los puños crispados y, dirigiéndose a la joven, que permanecía muy serena, le dijo:

—¿Qué comedia es esta, Julita?

Llegó un *chauffeur*, quien avisó:

—Señor Rex, le llaman al teléfono.

Fuése Próspero. Cuando Pablo estuvo solo con Julia Weiherell, le preguntó:

—Julia, ¿qué es lo que pasa?... ¿No habías prometido casarte conmigo?...

—Sí, pero eso fué antes de que Próspero me dijera que me amaba.

—¡Así juegas con los corazones, desgraciada!

Volvió Próspero, y dijo a Pablo:

—Amigo Wayne, te presento mi futura esposa.

Pablo Wayne quedó con el corazón hecho pedazos. Por el capricho de una mujer coqueta y desvergonzada, había roto la felicidad conyugal, echado por los suelos y pisoteado el corazón de una esposa digna y buena. Saló del Circolo y se dirigió a su casa, dispuesto a arrojarse a las plantas de su esposa, implorando perdón por su ligereza.

Eran las tres de la madrugada y Leonor aún no se había acostado. Sus ojos estaban secos; mas su corazón sangraba.

Leyó esta frase del original que compusiera el día anterior, de la cartilla que había dejado en la máquina: «...para enfrentar con serenidad una desgracia, es menester que la persona sea superior a cualesquier mudanza que el destino pueda traerle...»

Se puso a reflexionar esta máxima y ella recomfortó su espíritu turbado: «No te ama—decía—, que se vaya... A cambio que huyes, puente de plata».

En aquel momento se abrió la puerta y pe-

netró Pablo. Poco a poco, avanzó hasta cerca de donde ella estaba y balbuceó, suplicante:

—Leonor, permíteme que te explique...

—No, Pablo; ¿para qué?... Toda explicación está de más después de lo que vi con mis propios ojos. Yo marcharé hoy mismo de tu lado.

Y mientras que una sentencia de divorcio sellaba la ruptura entre Leonor y Pablo, la causante de ella entró en la senda del matrimonio, llevando a Próspero Rex como compañero.

IV

Han transcurrido dos años.

Hallamos a los esposos Rex hospedados en el Hotel Términus de Niza.

Próspero Rex habla con el Gerente del Hotel, cuando un empleado de la Agencia Internacional de Viajes le avisa:

—Señor Rex, se han reservado los pasajes para el «Mauritanian», que saldrá el próximo sábado de Saint-Nazaire para Nueva York.

—Está bien.

—Supongo—dice el Gerente del Hotel a Próspero—que tanto su señora esposa como usted, llevarán buenos recuerdos de Francia.

—Sí; nuestra estancia aquí no ha podido ser más agradable; pero aunque Francia es la tierra más hospitalaria y seductora del mundo, yo ya empiezo a sentir la nostalgia de mi Patria. Me embarcaré el sábado próximo en el «Mauritanian».

En el mismo hotel se hospeda una señora jo-

ven y hermosa: es la escritora de fama mundial señora de Paramor, autora de *La Edad de la Prudencia*, novela que ha sido el mayor éxito de la temporada, pues ha sido traducida a todas las lenguas continentales, después de haberse agotado diez numerosas ediciones en los Estados Unidos, su patria.

La célebre novelista se halla en sus habitaciones del hotel trabajando en compañía de su secretaria y señorita de compañía, Eva Dreyer. Esta, sentada, recibe órdenes de la escritora que se halla de pie.

—Vas a dedicar un ejemplar de *La Edad de la Prudencia* con una dedicatoria muy sentida y cariñosa al Presidente de la República Francesa.

—Está bien.

—Yo la firmaré después... ¿Qué asuntos nuevos hay para el despacho de hoy?

—Ha llegado esta carta particular para usted.

—A ver.

La escritora la abrió y leyó:

Mi querida Leonor (Leonor ha de seguir siendo para mí la que hoy es para todos la famosa señora de Paramor):

Como ya hace tres meses que la vi a usted por última vez, no le sorprenda que el día menos pensado me presente en París, dispuesto, como siempre, a recibir una de esas negativas que por serlo, tienen mucho de crueles, y por darlas quien las da, recibe siempre con resignación este su amigo afeto, y desafortunado admirador, q. h. s. p.,

PEDRO GRANYILLE

Después de leer esta carta, la señora de Paramor se echó a reír y preguntó a su secretaria:

—¿Qué más, Eva?

—Esta otra carta del Director de la Metro Goldwyn Corporation.

—Léamela.

Dice así: *Señora de Paramor. Hemos firmado con su apoderado el contrato relativo a los derechos de autor de La Edad de la Prudencia, y aguardamos sólo la llegada de usted para empujar a filmar esta cinta; para ello deseamos aprovechar sus autorizaciones y valiosas indicaciones.*

Los actores a quienes se encargará de la interpretación de la obra son todos de primera línea y están ya elegidos.

La novelista, cuyo nombre traspasó las fronteras patrias para ser recibido con unánime aplauso en el extranjero, es aquella Leonor de Wayne que ya hemos conocido, a la que el dolor—grande y fecundo maestro de la vida y del arte—puso en camino del triunfo. Ya no es la matrona desaliñada y descuidada en su persona que hemos visto, no; la señora de Paramor es elegantísima, maquillada como una muñeca; hoy aparenta tener diez años menos.

Apenas terminó la secretaria la lectura de la carta, entró de sopetón en la habitación el joven y elegante Próspero Rex. Quedó parado al hallarse frente a las dos damas. Se había equivocado de piso y se excusó:

—Dispénsame usted, señora, me equivoqué de piso.

La autora se adelantó sonriente y le alargó la mano.

—Feliz equivocación que me permite saludar a usted. ¿Como está, señor Rex?

—Muy bien, señorita, beso a usted la mano... ¿Me conoce usted?

—¿Quién no conoce al señor Rex?... ¿Está usted aquí con su esposa?

—Sí; pero nos vamos pasado mañana a Saint Nazaire, donde nos debemos embarcar para Nueva York en el «Mauritania» que sale el próximo sábado.

Cuando Próspero Rex salió de la habitación de la autora, estaba prendado de ella.

Con su gracia, con su hermosura, con su atra-yente sonrisa, la autora había logrado la finalidad que se había propuesto al venir a Niza, siguiendo los pasos de los esposos Rex, o sea, enamorar al esposo de Julita Wetherell. (Ya se daba por satisfecha). Sus miradas encendidas habían abierto la primera brecha en el corazón de Próspero: así lo demostró éste en su modo de despedirse de la autora, en su manera de apretarle la mano y besársela, en su profunda mirada que parecía decir: hasta otro momento.

La señora de Paramor ordenó a su secretaria:

—Eva, telegrafía urgentemente a París para que nos reserven dos pasajes en el «Mauritania».

—Está bien.

—Y lo dispones todo para partir en el expreso de Marsella mañana mismo.

El soberbio transatlántico «Mauritania» surca majestuosamente las aguas oceánicas con rumbo hacia Nueva York.

En una de las cámaras de lujo, la señora Julia de Rex, sentada en un gran sillón, sufre, a causa del mareo, por no poder gozar de las diversiones de a bordo como los demás pasaje-



La esposa ofendida (en el momento... pág. 28)

ros. Tiene constantemente a su lado una camarera, pues su esposo, algo indiferente con ella, y preocupado desde que viera en Niza a la célebre escritora Paramor, busca distracción conversando con los pasajeros, sin preocuparse gran cosa de su esposa.

Antes de terminar la primera singladura, Próspero tuvo un encuentro que él creyó providencial, que le llenó de satisfacción.

Paseábase en el puente cuando se fijó en dos elegantísimas damas, quienes apoyadas en la borda contemplaban al océano. «Es ella, es ella»—se dijo, y fué a su encuentro. Un efecto, eran la escritora Paramor y su secretaria.

—¡Oh, señora, qué sorpresa tan agradable verle a usted aquí!

—Ya dicen bien que las montañas no se pueden encontrar; pero las personas.

—Sentía dejar Niza al saber que usted se quedaba allí y seguramente hubiese perdido el pasaje si el día de nuestra partida llega usted a estar allí; pero me dijeron que usted había salido para París el día anterior.

—Sí, hacia ya días que teníamos pasajes para el «Mauritanias».

—¡No puede usted figurarse cuánto me alegro...!

—¿De veras... Próspero?

Hizo Leonor esta pregunta poniendo en su mirar todo el fuego que una pasión violenta presta a las pupilas femeninas, y este fuego penetró por los ojos de Rex y le llegó hasta lo más profundo de su ser. Claro que la pasión de Leonor era fingida; pero con tal arte y sensación tal de verismo, que trastornó el espíritu del esposo de Julia.

Aquella primera entrevista dió margen a otras

muchas y a estrechar de tal modo los lazos de amistad, que ella le dedicó varias de sus obras, y él menudeaba, con gran satisfacción suya, las visitas al camarote de la escritora, lo cual le era fácil, pues su esposa pasó todo el viaje mareada, sin poder salir de la cámara.

Leonor, con gran tacto, enamoraba al marido; pero, como vulgarmente se dice, malaba y guardaba la ropa. Nunca permitió que Rex le besara más que la mano.

La Paramor supo que Próspero iba a Tarrytown a pasar unos meses a una propiedad suya y ella le manifestó:

—Precisamente he mandado un radiograma a mi apoderado ordenándole compre en Tarrytown una casita para pasar el verano.

El radio-rama fué transmitido aquella tarde, y al día siguiente la escritora recibía éste:

Alquile en Tarrytown Casa Berlini. Estará todo dispuesto día llegada.—Granville.

El plan preconcebido se iba cumpliendo.

V

En su cámara hallábase Julia Wetherell de Rex leyendo una novela, cuyo título es: *La Edad de la Prudencia*. Llamen su atención estas frases de la autora:

La esposa que vió destruídas la paz y la felicidad de su hogar por una coqueta sin corazón, aprende, en la cruel y cortesa escuela de la experiencia, la gran verdad de que a las sólidas virtudes que son fundamento del matrimonio, ha de unir la casada que quiera conservar el afecto de su marido, un acabado conocimiento de esas útiles artes de la coquetería...

Julia cierra el libro y queda enfrascada en estos pensamientos... Luego abre el libro y continúa leyendo:

Una especie de locura se apodera de algunos hombres que, al frisar en los cuarenta años y sentir que la juventud va a alejarse de ellos definitivamente, se forjan la ilusión de que la prolongan al lanzarse en pos del amor, o lo que aman imaginan, con vehemencia y ceguera de un mozo de veinte primaveras...

La entrada de Rex en la cámara interrumpe la lectura de su esposa.

—¿Sabes, Próspero, que me siento muy contenta al pensar que aún estás lejos de los cuarenta años?

—¿Por qué?

—La autora de este libro debe ser una gran pensadora... Debe ser alguna vieja solterona.

—Te equivocas; es una delicia de mujer... Pero deja a la Paramor y pensemos en ti... ¿Cómo te encuentras?

—Muy disgustada de que pases tan poco en tu esposa...

Próspero musitó una excusa y volvió a salir en busca de la mujer que llenaba todos sus anhelos.

Aquella mañana, Julia sorprendió esta conversación sostenida por dos camareras a la puerta de su camarote:

—¿Has visto qué descaro el de ese hombre? Con una mujer tan bonita como la suya, aprovecharse de que ella está mareada y no puede verle... para pasar las horas en compañía de la Paramor...?

Aquellas palabras fueron una revelación para Julia, que quedó entristecida.

VI

Instalada en Tarrytown, Leonor—llamada hoy Paramor—recibe una carta de su esposo en la que le pide perdón y suplica vivir a su lado; mas ella, enérgica, le contesta negativamente.



—Tengo que imponer a usted una multa... (pág. 30)

Por otra parte, Próspero Rex está perdidamente enamorado de la escritora, cuya casa frecuenta, con menoscabo de la tranquilidad de Julia.

La señora de Paramor ofrece un banquete a todos los artistas que han de filmar su obra, *La fiada de la Prudencia*. El lugar escogido para este banquete es el mismo donde ella tuvo

la mayor decepción de su vida: el Tanglewood Club de Nueva York. Los esposos Rex son invitados al banquete. La autora coloca a Próspero a su lado en la mesa, y con sus sonrisas y miradas incendiarias a él dirigidas, martiriza a Julia.

En frente de cada artista convidado se había colocado un paquete. Al desatascarlo, cada uno halla una preciosa figura reproducción exacta del artista: allí se hallan Mac Murray, Mary Philbin, Lia Mara, Dorothy Gis, Bessie Love, Clara Winsor, Franc Mayo, Antonio Moreno, Mac Donald, George Walsh, y otros célebres artistas de la pantalla.

Al final del banquete, Próspero escribe en una tarjeta y se la entrega a la Panamor, pero ésta, al ver que era observada por Julia, después de leerla la deja caer al suelo.

Todos se levantan y se dispersan en las diversas salas de juego. Julia recoge la tarjeta y lee: *La esposa en el salón de lectura. Próspero*.

Julia fue a la puerta del salón de lectura. Tras un hiombo, su esposo y la autora están en amante coloquio, que Julia oye perfectamente.

—Yo la amo —decía Rex—; hoy me divorciaré de mi esposa y nos casaremos. Mi matrimonio con Julia ha sido una farsa.

El quiso besar a su amante, mas ésta se opuso. La esposa ofendida cae desmayada. Al grito acuden varias personas y entre ellas Próspero y su amante, y la llevan a su casa.

Al día siguiente, una escena violenta se promueve entre los esposos que determinan divorciarse.

Julia va a su secreter, toma un revólver cargado, lo mete en su bolso y se dirige a casa de la mujer que le ha robado la felicidad, después-

ta a hacerse justicia. Oigamos el diálogo entre ambas mujeres:

—Señora Panamor, sólo vengo a saber una cosa: si usted ama a Próspero.

Leonor, antes de contestar se acerca a una mesa con gran tranquilidad, toma una cigarra, saca un cigarrillo y ofrece otro a Julia, quien lo rechaza; después de encenderlo, la escritora contesta:

—¿Si le amo?... Pues... sí, me parece que sí.

—Próspero está casado conmigo.

—¡Ja... ja... ja!... ¿Y qué quiere usted, si él ya no quiere seguir con usted?... Por lo visto, Próspero no es uno de esos maridos a quienes les gusta que la mujer sea bonita y un poquito tonta.

Julia metió la mano en el bolso; mas Leonor prosiguió impertérita, con tono cínico:

—Además, usted misma me dijo en cierta ocasión, que ala esposa que no sabe conservar el afecto de su marido, merece perderlo.

Julia bajó la cabeza: estaba ante su víctima.

—Hace dos años, cuando yo le imploraba a usted piedad, se rió usted de mí.

—Sí, es verdad, me reí porque no alcanzaba a comprender su padecimiento; yo era soltera todavía y no me daba cuenta de muchas cosas.

—No he querido quitarle a su marido sino darle una lección. No me entera usted en el mismo error que yo cometí al negarme a perdonar al hombre a quien amaba; abra usted los brazos a Próspero y empiecen nueva vida... vida de amor. Su esposo está aquí; lo he hecho venir para ayudarles en su reconciliación.

La escritora introdujo a Julia en una sala próxima donde estaba Próspero Rex, con la cabeza baja.

—Próspero—dijo Leonor—, siento que haya hecho representar a usted este papel... Pero todos debemos mostrarnos superiores a cualquier mudanza que el destino pueda traernos. Abre a su esposa.

Próspero y Julia sellaron las paces con un abrazo y se fueron a proseguir su vida de amor.

Aquella misma tarde la escritora mandaba a su alejado esposo esta carta:

Querido Pablo: Te espera tu esposa, Leonor.

Por la mañana del día siguiente, un automóvil conducido por un caballero que llevaba a su lado a una bellísima mujer, iba haciendo eses por la carretera de Tarrytown: y es que el caballero llevaba el volante con la mano derecha, pues la izquierda la ocupaba en apretar contra su pecho a la dama, a quien decía:

—¡Leonor, Leonor mía, no te dejaré nunca más!

Ella, besando al caballero, contestaba:

¡Pablo de mi vida, siempre unidos!

En aquel momento una moto montada por un policía, salió de un lado de la carretera y se adelantó al auto, al que hizo parar.

—Tengo que imponer a usted una multa por no conducir el coche en forma debida—dijo el policía sacando un carnet y la estilográfica—. Debe usted usar ambas manos.

—Eso quería yo, pero ¿cómo abrazaré a mi esposa?

—¿La luna de miel?... Pues... que prosigan los eses y... los besos... ¡Buen viaje!

FIN

Número 103 - BIBLIOTECA FILMS - 26 de enero

LA MUJER COMPRADA

El amor es el único fundamento verdad del matrimonio, y la garantía de felicidad conyugal: este es el tema de esta novela, interpretada por los renombrados artistas

Alma Rubens

Marguerite de la Motte

James Kirkwood

y Walter Mc. Grail

Postal: *Helena D'Aigo*

25 céntos.

¡EXITO CONTUNDENTE!

Lo ha obtenido la novelita publicada en nuestra SELECCION

EL ABUELO

interpretada por *Doris Wilton, Celia Escudero, Modesto Ribas, Maria Comendador.*

Es el argumento de la mejor producción cinematográfica nacional.

Postal: *Alma Rubens*

50 céntos.

Nuestro número centenario

No exageramos al afirmar que nuestro número centenario, *El Trapero*, interpretado magistralmente por el inmenso y genial *Jaché Coogan* (Chiquilín), ha constituido un éxito asombroso, pues está agotándose por momentos la numerosa edición que hemos hecho de esta novela.

Quedamos reconocidos al público que así ha premiado nuestro esfuerzo al ofrecerles el máximo de lectura—64 páginas—por el precio popular de 25 céntimos, al propio tiempo que les regalamos, por sorteo, un precioso *Aparato Receptor de Galena*, con lámpara amplificadora, sorteo en conniveucia con el de la Lotería Nacional que se celebrará en Madrid el 1.º del próximo febrero, para cuyo efecto se han numerado las postales que se regalan con los ejemplares de *El Trapero*.

Cumplémos contestar, de una vez, a los numerosos lectores que nos han escrito felicitándonos por la publicación de nuestro número centenario: a todos damos las más sentidas gracias y les prometemos seguir, sin desmayo, en nuestro camino, procurando que BIBLIOTECA FILAS continúe siendo el *titulo de la Supremacía*.

LA DIRECCIÓN

COLECCION USTED

FILMS



AMOR

LA MEJOR NOVELA CINEMATOGRAFICA

- Núm. 1 **El templo de Venus**, por *Mary Philbin*.
Núm. 2 **La tierra prometida**, por *Raquel Meller*,
Tina Meller y *Andrés Roanne*.
Núm. 3 **Sacrificio**, por *Fay Compton* y *Stewart*
Rome.
Núm. 4 **En las garras de la duda**
o el calvario de una esposa, por
Leda Gys y *Alberto Capozzi*.
Núm. 5 **Rapto de Hentzau** Segunda época de
El prisionero de Zenda, por *E. Ham-*
merstein, *Claire Windsor*, *Lew Cody* y
Bert. Lytell.
Núm. 6 **El tren de la muerte**, por *Cayena* y *Edith*
Roberts.
Núm. 7 **La esposa comprada**, *Alice Terry* y
Conway Tearle.
Núm. 8 **El juramento de Lagardère**, por *Claude*
France y *Gastón Jacquet*.

Literatura selecta — Cubierta a varias tintas
La mejor y más sugestiva de las novelas de

LOS MAS GRANDES FILMS

Obsequio de una tarjeta postal.

50 céntos.